

Siete poemas

Hermann Broch

El claro del bosque

En el suave verde
sigue estando lo que no puede perderse
en torno al claro,
allí sigues descansando
como una vez despertaste,
con dedos que jugaban en la hierba,
y, ligeramente dobladas, hacia un azul más claro,
las ramas de abedul.
El bosquecillo sigue susurrando y extendiéndose
por caminos que nunca regresan,
eternas colinas inaccesibles,
oscuras las inescalables.
Y el muchacho sigue inclinándose hacia ti,
el que vino galopando sobre el cimarrón,
sin reparar en las colinas,
venció lo infranqueable,

*** BREVE NOTA SOBRE LA POESÍA DE HERMANN BROCH**

Nacido en Viena en 1886 y muerto en New Haven, Connecticut, en 1951, Hermann Broch es uno de los grandes narradores del siglo XX. En la que tal vez sea su obra más importante, La muerte de Virgilio (1945), se da una extraordinaria fusión entre el lenguaje de la narrativa, el de la filosofía y el de la poesía. Mucho menos conocida, en cambio, es su escritura poética strictu sensu, que no había sido traducida hasta ahora al español. Los poemas que aquí presentamos son un adelanto de la publicación de la Poesía completa de Hermann Broch que aparecerá en la Editorial Igitur de Tarragona en 2005.

Como en su obra narrativa, también en sus poemas, escritos a lo largo de toda su vida y recogidos en forma de libro sólo póstumamente, Hermann Broch se interesa por la disgregación de la vida espiritual, por la pérdida de valores de toda una época. La fractura y la inestabilidad de la sociedad alemana de su tiempo lo condujeron a una indagación metafísica que, unida a la angustiada soledad frente a la muerte, van a cobrar relevancia en estos textos propiamente poéticos, muchos de ellos íntimamente vinculados con su legado narrativo.

R.-J. D.

pasó al galope entre arbustos y zarzas...
 ¿Cuándo sucedió?
 En otro tiempo, en otro tiempo...

Y sigue besando tu boca,
 que está ya marchita.
 Te besa como entonces,
 cuando te despertó para la muerte.

Tan claro fue aquel día,
 y suave.

(1934)

Otoño tardío

¿Oyes las fuentes que se secan, oyes
 las llamas ardientes del follaje?
 Que las nubes de tu ser, llameando
 por última vez, descansen ahora y que
 de los poderosos monarcas de la mañana la mirada
 se dirija a los cielos más tranquilos, en los cuales
 la noche, susurrando, se desposa con el día:
 ni la muerte ni la vida tienen ya valor..., así de inmóvil
 pende la balanza.

En el abismo descansan las ciudades, apoyadas en la piedra
 de la que surgieron, y ningún beso
 sella su oscuridad insomne.
 Pero tú, aún ciego de paz, tambaleante y aún extraviado,
 estás de pie en la curva del río, donde éste, entre
 los arbustos, apenas fluye ya, y el rostro
 de las montañas está doblado sobre él, sin violencia en el aliento
 de la niebla, el valle candente.
 Escucha, extraviado, escucha en los muros de la tarde,

susurran las fuentes de las estrellas, y de las
nubes de tu corazón, en el más profundo borde del cielo,
se levanta, desde una nube desgarrada, soñando ante la nieve,
y plateado, el invierno.

(1934)

Lago Maggiore

Poderoso y apacible se manifiesta aquí
lo divino,
en ninguna parte es tan grande su sonrisa,
en ninguna parte es tan tierna...
Aliento acerado de este paisaje,
cuando las olas golpean plateadas
las cimas nevadas a lo lejos,
suspendido el espejo del lago
el eco azul celeste.
En los pliegues de lo infinito
habita el hombre,
y por el escaso mobiliario terrenal
su mirada penetra en la embriaguez,
en el ahogo del suave canto del espejo,
y perdida
la melodía de las colinas
cuando se hunden las pendientes, rocas y tierra cubierta
de praderas,
se extienden los bosques
hasta las orillas pobladas por el hombre,
de nuevo descubiertas en la transfigurada
isla.
Viniendo de tiempos inmemoriales, llegando a tiempos
inmemoriales,
yo, como todo hombre
en los pliegues de lo infinito,

indigno uno, dignos todos,
 mi ojo, mi mirada
 y la música de las colinas,
 ¡oh, sonido terriblemente agradable!,
 mi corazón.
 ¿Quién puede llamar al dios, cuando sonrío?,
 ¿quién puede oírlo cuando canta?
 Y a través del ramaje
 del árbol serenamente poblado
 brilla el lago,
 eco.
 Isla del alma,
 mi corazón.

(1934)

Mañana serena de primavera

Entró volando aún caliente del sol
 y se posó, tan lleno de primavera, en mi mano,
 tan inexplicablemente extraño, tan referido a sí mismo;
 y no era, sin embargo, sino una hoja de haya primaveral.
 Así yace el mar en su corteza terrestre,
 así descansa la nube en la gran mano,
 cada corazón descansa desconocido de sí mismo,
 extraño de sí mismo, y también trae desde siempre las
 huellas del fuego
 del propio ser marcadas como nombres con hierro candente.
 Igualmente, el mar con mareas muy apacibles
 serenamente golpea alrededor las rocas rígidas,
 exhala un brillo cristalino desde el volcán, que aguarda
 extensiones sin nubes que tiemblan diáfanas,
 ajenas al éter, pero envueltas totalmente por él,
 y en el aliento de lo perdido
 cada cosa ha depuesto su nombre.

Pues felizmente cuelga la campana en el azul,
ningún silencio calla en ella y ningún lenguaje habla,
su luz esférica absorbe, llena de un dulce vacío,
el ser del mundo en la silenciosa ingravidez
y lo transforma en lo nuevo increado:
elevado serenamente por el aliento primaveral,
el mundo, tranquilo, se abandona suavemente a sí mismo,
y, anónimas, la mano, la hoja, las olas inmóviles,
oh, felicidad invisible que escucha,
entonces ola apacible de las mareas del ser
choca, cristalina, en la pared de las campanas
y, plateada, toca la claridad en la claridad,
para que, suave por el sonido de la fuente lejana como
las nubes,
cada cosa se nombre clara y nueva...,
incluso la hoja del libro en mi mano.

(1935)

Reflejo del día cansado

Reflejo del día cansado,
las ventanas han palidecido
y con un aleteo
ha llegado el crepúsculo.
Ya la calle se ha vuelto blanda y gris,
la valla está oscura como un arbusto;
pero todas las masas del cielo
sueñan un sueño verde turquesa,
soplan hacia las lejanías enlutadas
la piedra de la luna rodeada de nubes:
y las turbias farolas de gas
suavemente anuncian con su zumbido la tarde.

(1936)

Ahora que floto en la balsa de éter...

Ahora que floto en la balsa de éter
y puedo tomar aliento,
ahora me atrapa,
ahora me atrapa,
ahora me agarra una vez más
la cruda miseria del fugitivo.

Un corazón que me latía en la despedida
se quedó atrás sin consuelo,
yo sólo sentía,
yo sólo sentía,
yo sólo sentía la cuerda del lazo
que me rodeaba el cuello.

Allí abajo ya no hay nada grande,
la calle es una línea
pero de repente conozco el musgo
y sé del bosque, cuya resina huelo,
y sé que allí abajo estuve una vez tendido
en el regazo de mi patria
la calle blanca es una línea.

Qué derecha e infinita es la línea,
aquí hay sólo un estrépito acerado,
recta como una flecha va la bandada,
allí abajo hay una casa de campo,
sé que allí abajo va un arado
totalmente tranquilo y lento, lo suficientemente rápido
para ganar un pan tranquilo cada año.
Recta y de acero va la bandada.

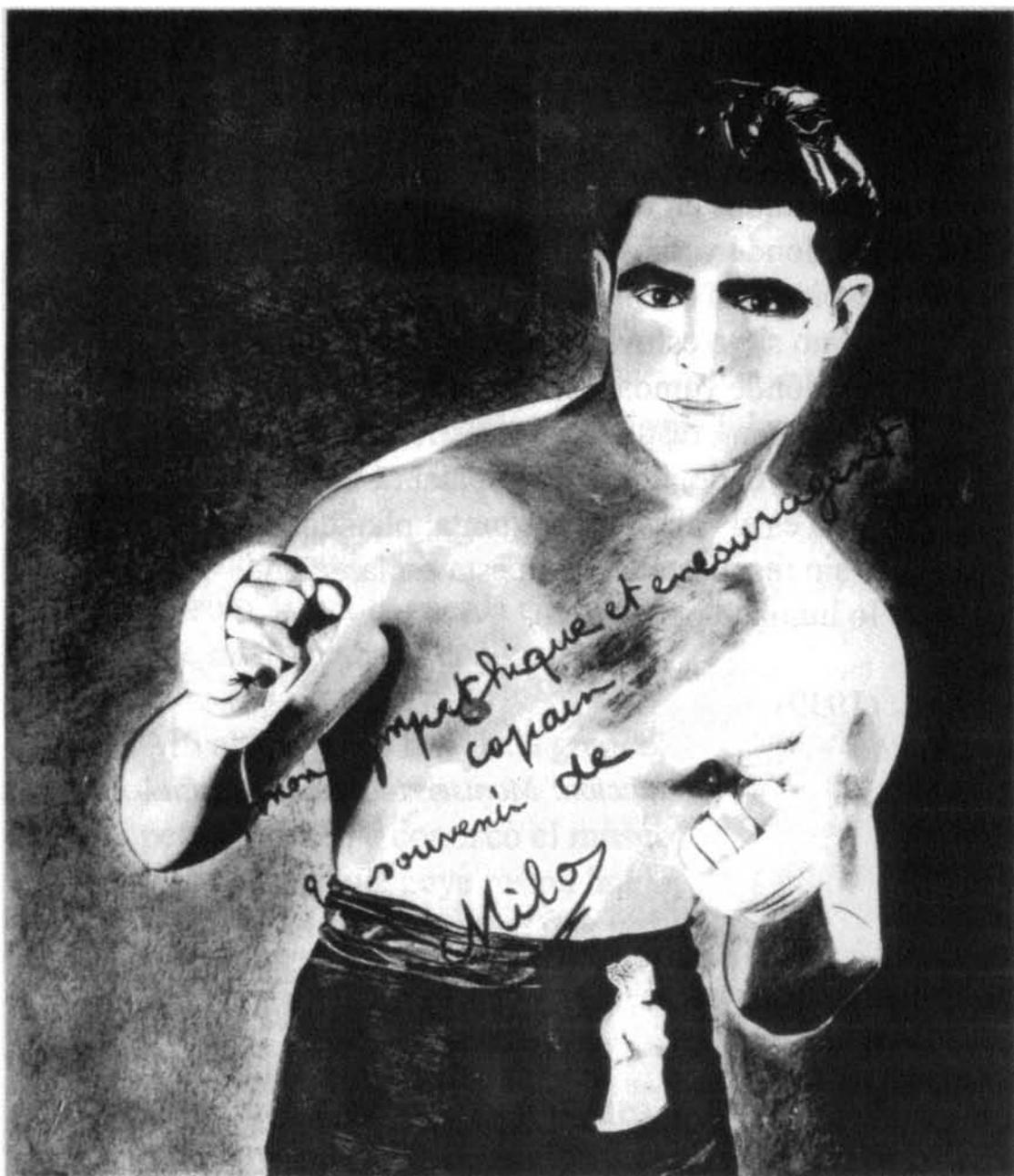
(1938)

A dónde vamos...

¿A dónde vamos? Un día tras otro,
un año tras otro quedan a nuestras espaldas.
Destruídos en un mundo que destruye...
¿A dónde vamos? Una queja tras otra
expiran tan oscuramente a nuestras espaldas,
como si no estuviéramos unidos a nadie...
¿A dónde vamos? Una pregunta tras otra
quedan sin respuesta a nuestras espaldas
destruyendo, donde toda palabra destruye,
pero es al cabo una pregunta, planteada a nosotros
y sin respuesta en respuesta esclarecida:
lo humano permanece.

(1939)

Traducción: Montserrat Armas y Rafael-José Díaz



Emile Di Cristo 1972, mayor/papier 64,5 x 49 cm